

José Manuel Losada, *Mitocrítica cultural. Una definición del mito*, Madrid, Akal, 2022, 828 págs. ISBN: 978-84-460-5267-8

Óscar Martínez García

Universidad Complutense de Madrid. ✉ 

<https://dx.doi.org/10.5209/cfcg.94474>

Pocas editoriales en lengua española han contribuido de forma tan decisiva a la difusión de los estudios sobre el mito, desde sus diferentes perspectivas y en diferentes culturas, como Akal. Basta con acercarse a su catálogo para comprobar que los títulos dedicados al mito ocupan un lugar preeminente. Esto lo demuestra, por ejemplo, el hecho de que su reputada colección de textos clásicos no se conforme únicamente con la *Biblioteca mitológica* atribuida a Apolodoro o las *Metamorfosis* ovidianas, sino que en su momento también se apostara por un volumen titulado *Mitógrafos griegos*, donde se daban cita autores menos consabidos, como Partenio, Paléfato, Eratóstenes o Antonino Liberal. Igualmente hay que señalar que, dentro de sus diferentes colecciones de ensayo, más allá de la publicación de volúmenes que presentan de manera general las líneas principales de las diversas mitologías (destaco, por ejemplo, el *Diccionario Akal de Mitología celta* debido a Ramón Sainero o *De Acteón a Zeus. Temas sobre la mitología clásica en la literatura, la música, las artes plásticas y el teatro*, a cargo de Eric. M. Moormann y Wilfried Uitterhoeve), Akal ha publicado títulos de referencia en los que el mito aparece abordado desde diversos enfoques y aproximaciones: *Introducción a la sociología del mito griego*, de José Carlos Bermejo Barrera; *El mito*, de Eleazar Meletinski; *Lecturas del mito griego* de Fátima Díez y José Carlos Bermejo Barrera, o *Apolo con el cuchillo en la mano* de Marcel Detienne son tan solo cuatro ejemplos del estatus primordial que esta editorial concede a la mitología dentro de sus colecciones dedicadas al pensamiento y a las humanidades. Este empeño y esta carrera de fondo parecían, en consecuencia, abocados a coronarse con la ambiciosa publicación que motiva estas líneas.

Con *Mitocrítica cultural. Una definición del mito*, el teórico literario José Manuel Losada propone reivindicar la mitocrítica –esto es, la crítica del mito o, más allá, la crítica cultural a partir del estudio del mito– como una disciplina autónoma dentro de las ciencias humanas, con una metodología, una hermenéutica y una epistemología propias, y a la vez transversal e interdisciplinar. Las teorías sobre el mito –se ha dicho en diversas ocasiones (cf. Robert A. Segal, *Myth. A Very Short Introduction*, Oxford, University Press, 2004, pág. 1)– son tan antiguas como el propio mito, pero solo a partir del siglo XIX han reclamado su condición científica: la sociología, la antropología, la psicología, y también la literatura y la filosofía han desarrollado importantes teorías modernas sobre el mito, pero siempre su estudio ha estado supeditado a un ámbito mayor (es decir, las teorías antropológicas sobre el mito, por ejemplo, son teorías de la cultura aplicadas al caso del mito); de ahí la necesidad de una teoría que aborde el mito como fin en sí mismo, una teoría que no se quede reducida a un solo ámbito de contemplación, sino que sea necesariamente interdisciplinar. Es, por tanto, a apuntalar este aspecto y a fijar las bases de la mitocrítica cultural a lo que el autor dedica las 184 páginas que ocupan la primera parte del volumen bajo el epígrafe de “Introducción”. En ellas, en primer lugar, se marca la distancia con teorizaciones previas de la mitocrítica (sin el calificativo de “cultural”), a las que achaca cierta falta de acribia en la definición del concepto de mito (pág. 17) o en las que detecta precisamente la ausencia de una epistemología propia (pág. 27). Tras establecer

que la crítica del mito ha de situarse entre «cinco grandes tipos de ciencias humanas: nomotéticas, históricas, filosóficas, filológicas y divinas» (pág. 28), el autor procede en segundo lugar a proponer una serie de ejemplos de cómo las características propias de nuestra época influyen «en la asimilación, modificación y reutilización de los mitos tradicionales» (pág. 64). Uno de estos ejemplos es el fenómeno de la globalización (págs. 64-74), que queda perfectamente ilustrado a través del análisis de la serie de televisión –no de la novela de Neil Gaiman en la que esta serie se basa, que es infinitamente más rica en su manejo de las mitologías– *American Gods*: «Abordar desde nuestra cultura contemporánea los mitos del pasado y, desde los mitos del pasado, la idiosincrasia de la cultura contemporánea» (pág. 182) –afirma el autor– es el reto de la mitocrítica cultural.

Pero, ¿qué es un mito? Es a proponer y desarrollar esta propuesta de definición a la que se consagra la segunda parte de esta obra (págs. 191-688). Es un lugar común decir que existen tantas definiciones de mito como teorías que se ocupan de él, pero lo que está claro es que resulta imprescindible en una propuesta de estas características partir de una definición unívoca, precisa y que se aplique a todos los mitos. Y esto es lo que hace el autor de forma tajante, programática y frontal nada más comenzar la parte central de este estudio: «El mito es un relato funcional, simbólico y temático de acontecimientos extraordinarios con referente trascendente sobrenatural sagrado, carentes, en principio, de testimonio histórico y remitente a una cosmogonía o una escatología individuales o colectivas, pero siempre absolutas». No se precisa en esta definición si ese relato ha de ser tradicional y pertenecer al acervo de todos, ni se entiende claramente si tal relato ha de tener una influencia social y encarnar los valores o las aspiraciones de comunidades enteras al margen de las mencionadas cosmogonías y escatologías, que son premisas que se observan en otras definiciones llevadas a cabo por otros estudiosos del mito.

Tras esta declaración de principios, el autor examina –la mitocrítica entonces aparece aquí en su discernimiento meticuloso de lo que pertenece o no al mito– los distintos aspectos consustanciales a él. Uno de estos aspectos es la relación entre mito y relato (págs. 165-263); en este apartado no puedo dejar de señalar que resulta llamativa la escasa atención que se presta a la etimología y significado de la palabra *mýthos* en su uso dentro de la lengua griega: «vale tanto como palabra, discurso, razón, dicho, comunicación, mensaje» (pág. 195); sí que significa ‘palabra’, y ‘relato’, y ‘narración’, e incluso ‘discurso’, pero no cualquier discurso, sino el discurso poderoso –la arenga– propio de un guerrero (cf. *Ilíada* 9.431), y acaso ‘razón’, pero con el sentido de ‘motivo’ (cf. *Odisea* 3.140) ... Señalo esto en contraste con el absoluto rigor y precisión con el que se abordan y se delimitan conceptos concomitantes con el mito, como la imagen y el símbolo (págs. 301-353), o la ejemplaridad con que se analizan y exponen procesos como los de mitificación y desmitificación de acontecimientos o personajes históricos (págs. 475-534). La función referencial del mito (págs. 271-300) o su estructura (págs. 535-572) tienen por supuesto cabida en este volumen, que reserva para su capítulo 6 las que en mi opinión son sus mejores páginas y las que mejor recogen el programa de la mitocrítica cultural. En este capítulo, titulado “Mito y personaje”, se estudia el concepto de prosopomito y su tipología, pasando a continuación a su dimensión trascendente con el análisis de la figura de Antígona en los autores Sófocles, Cocteau y Anouilh. Se cierra este capítulo con el análisis de una figura de las dimensiones de Don Quijote (págs. 391-402), donde se concluye que, aplicados los parámetros de la mitocrítica cultural, en Don Quijote no hay mito (algo que ya se había afirmado en el prefacio del volumen: «el caballero de la Triste Figura y el marino de York [sc. Robinson Crusoe] pueden tematizar el individualismo mejor que ningún otro personaje de ficción, pero su inclusión en el panteón mitológico poco tiene que ver con los fundamentos de la mitología», pág. 13). Es justo este punto el que me lleva a pensar si, en la consideración de lo que es o no es un mito, el hecho de que no se ajuste a unos parámetros y una definición programática es más decisivo que el hecho de que pasando por un lugar de la Mancha alguien pueda afirmar que en este sitio o en este otro le ocurrió tal cosa a Don Quijote, situando su figura en una dimensión que no es ni la de la realidad ni la de la ficción y que, desde luego, trasciende el texto. En cualquier caso, una de las muchas virtudes de este volumen es que invita a la discusión.

Se cierra el volumen con una extensa bibliografía (págs. 695-769) y con cuatro valiosos índices (mitológico, analítico, de obras y onomástico) que dan cuenta del empeño titánico que José Manuel Losada ha puesto en esta obra fundacional.